

Históricas Digital

Tania Ortiz Galicia

“En torno a la “totalidad del texto”:
Una propuesta de lectura de la *Historia antigua de Mariano Veitia*”

p. 167-180

*De historiografía y otras pasiones
Homenaje a Rosa Camelo*

Álvaro Matute y Evelia Trejo (coordinadores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2016

284 p.

Fotografías, figuras y mapas

ISBN 978-607-02-8094-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de enero de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/homenajeRC/camelo.html>

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



EN TORNO A LA “TOTALIDAD DEL TEXTO”

UNA PROPUESTA DE RELECTURA DE LA *HISTORIA ANTIGUA*
DE MARIANO VEITIA

TANIA ORTIZ GALICIA
Facultad de Filosofía y Letras

En 2009 se publicó un trabajo de la maestra Rosa Camelo en el que hace una nueva lectura de los planteamientos de Edmundo O’Gorman en torno a la “totalidad del texto”. En él, la maestra destaca que las obras historiográficas no deben verse únicamente como proveedoras de datos, sino también como entidades portadoras de un mensaje que tiene que ver tanto con las posturas del autor frente al pasado, como con la historia cultural de la época en que fueron elaboradas. Señala, asimismo, que la decodificación de ese mensaje sólo puede darse a través del acercamiento a la obra en su totalidad, para identificar en ella “una narración, una propuesta, una visión de una época, la existencia de un autor y aún más, su innegable pertenencia a una realidad que está parcialmente recogida en el texto, y también presente, aunque no mencionada, en concepciones, interpretaciones y expresiones inadvertidas”.¹

Atenta a estos planteamientos, la propuesta que aquí presento busca justamente enfrentarse a la “totalidad del texto” de la *Historia antigua de México* de Mariano Veitia; a través de herramientas alternativas que, tenemos conciencia de ello, forman parte de las nuevas lecturas que de estas obras se pueden hacer desde el siglo XXI.²

¹ Rosa Camelo Arredondo, “La totalidad del texto”, en *La experiencia historiográfica. VIII Coloquio de Análisis Historiográfico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2009, p. 20.

² Es pertinente aclarar que si bien la base teórica que sustenta esta búsqueda puede encontrarse en los planteamientos esbozados por Hayden White en su obra *Metahistoria La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005, 432 p. (Sección de Obras de Historia), no se buscará hacer una aplicación rigurosa de lo que él mismo llama su “teoría formal de la obra histórica”, la cual fue concebida para un tiempo y un espacio muy diferentes a los que aquí tratamos de analizar.

El siglo XVIII novohispano evidencia un cambio en las actitudes historiográficas de aquellos que, desde diversas ópticas, se acercan al pasado de una Nueva España en constante formación. Con la mirada puesta en los pueblos que originalmente señorearon el territorio, los trabajos de Lorenzo Boturini, Mariano Fernández de Echeverría y Veitia, Francisco Xavier Clavigero y Antonio de León y Gama, se presentan ante su siglo con el epíteto de una novedad que hunde sus raíces en el siglo XVII, pero que convierte a su propia centuria en el “siglo de la crítica histórica”.³

La ventana que se abre al acercarse a las obras de estos autores nos ofrece un paisaje a veces un tanto sombrío, a veces multicolor, en el cual se descubre la forma en que ese pasado se moldea para dotar de sentido a su propia realidad, pero más allá, la compleja relación que los historiadores criollos del siglo XVIII novohispano establecen con su propio presente. Hurgando en la memoria indígena, buscan encontrar los referentes ontológicos que les permitan revelar y construir su propia metáfora de Nueva España.

La *Historia antigua de México* de Mariano Veitia no es la excepción. Nacido en 1718, este abogado oriundo de Puebla de los Ángeles descubrió su vocación histórica tras el contacto con Lorenzo Boturini en la madre patria, y a su regreso al Nuevo Mundo, dedicó los restantes treinta años de su vida a una producción historiográfica que en su mayor parte no pudo concluir, pero que buscaba abarcar el pasado integral de Nueva España.⁴ Así lo evidencian las temáticas de sus tres obras principales, la *Historia antigua de México*, la *Historia de la fundación de Puebla de los Ángeles y Baluartes de México*.⁵

³ Sobre Mariano Veitia, los trabajos más recientes son los de Éric Roulet, *L'Histoire ancienne du Mexique selon Mariano Veitia (XVIII siècle)*, prefacio de Jacqueline de Durand-Forest, París, L'Harmattan, 2000, anexos, cuadros, ils. (Recherches et Documents-Amériques latines); y Tania Ortiz Galicia, *La construcción de la imagen de la Nueva España y la reelaboración de la historia mexicana: Mariano Veitia y la Historia antigua de México* (Tesis de Licenciatura en Historia), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2008.

⁴ Para una biografía detallada de Mariano Veitia, véase Eric Roulet, *op.cit.*; Margarita Alfaro Cutanda, *El Caballero Don Mariano Fernández de Echeverría y Veitia*, pról. de Isolda Alfaro, Madrid, Testimonio Compañía Editorial, 2003; y Margarita Moreno Bonett, *Nacionalismo novohispano. Mariano Veitia. Historia antigua, Fundación de Puebla, Guadalupeño*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2000 (Facultad de Filosofía y Letras/Seminarios: Investigación).

⁵ *Historia antigua de Méjico*, notas y apéndice de Francisco Ortega, 3 v., México, Imp. de Juan Ojeda, 1836; la *Historia de la fundación de la ciudad de Puebla de los Ángeles en la Nueva España, su descripción y presente estado*, 2 v., introd. de Fidel Solís, México, Imp. Labor, 1931; y *Baluartes de México. Descripción histórica de las cuatro milagrosas imágenes*.

A la muerte del historiador poblano, en febrero de 1780, sólo se encontraba concluido el manuscrito de su obra en torno a las cuatro vírgenes protectoras de la ciudad de México, los *Baluartes de México*. El resto de su trabajo, al cual no sólo le faltaban capítulos sino que evidentemente se encontraba en estado de revisión, dejaría testimonio tanto de su ardua labor de investigación, como también de su profundo interés por dotar de un pasado al espacio y los hombres de ese ente llamado Nueva España.⁶

*La historia antigua de México como comedia*⁷

Lo que hoy se conoce del trabajo de Veitia estaba constituido por lo menos de tres libros en los que se abordaba la historia antigua de la entonces Nueva España. El historiador logró terminar solamente los dos primeros, mientras que del tercero sólo se tienen los primeros capítulos y un título que anuncia el contenido del proyecto inconcluso de Veitia. Sin embargo, podemos anticipar que el proyecto original del autor debió abarcar por lo menos hasta la Conquista española.⁸

nes de Nuestra Señora que se veneran en la muy noble, leal e imperial ciudad de México, capital de la Nueva España. A los cuatro vientos principales, en sus extramuros, y de sus magníficos santuarios, con otras particularidades, Méjico, Impr. de D. Alejandro Valdés, 1820.

⁶ El manuscrito de la *Historia antigua de México*, obra en la cual nos centraremos, fue enviado a España en 1780 tras la muerte de Veitia, y vio la luz por primera vez en 1836 cuando Francisco Ortega publicó en tres volúmenes lo que será hasta el momento la única fuente de ediciones posteriores. Las otras dos ediciones que existen del trabajo de Veitia fueron hechas en el siglo XX, una por Editorial Leyenda en 1944 y la otra por Editorial del Valle de México en 1979.

⁷ Según Northrop Frye, el principio estructural de la comedia es esencialmente ternario, y está marcado por la transición de un orden estable y armonioso, alterado por la intervención humana, hacia un orden restaurado y mejorado. El tipo de movimiento es, nos dice Frye, el del tránsito de un tipo de sociedad a otra. En lo que se refiere al tipo de acción, ésta se basa en los obstáculos que se interponen al deseo del héroe y la trama se resuelve al vencer esos obstáculos. Con relación al tema arquetípico, se trata de una *anagnórisis*, la cual Frye define como el reconocimiento de la nueva sociedad que surge tras el triunfo del héroe. *Cfr.* Northrop Frye, *Anatomía de la crítica*, 2a. ed., Caracas, Monte Avila Editores, 1991 (Ensayos), p. 216 y s.

⁸ Todo parece indicar que el proyecto original de Veitia era mucho más ambicioso de lo que podría esperarse, y no sólo se restringía a la historia antigua de México. La argumentación para probar esta hipótesis es motivo de otra investigación que se encuentra en proceso. En el presente artículo sólo se buscará probar, a partir del análisis de las tramas implicadas en su obra, que este fragmento de la historia de Veitia efectivamente debía concluir con la narración de la Conquista. Para reconstruir la idea de Veitia en torno a la Conquista, recurriremos a otros trabajos del historiador poblano, particularmente su *Historia de la fundación de Puebla* antes citada.

Desde el punto de vista narrativo, la obra está constituida por una serie de sub-tramas que se tejen para dar forma a la trama mayor, que es la que dirige y da sentido a todo el proceso histórico que se busca reconstruir. Así, si bien la obra en su conjunto tiene una coherencia particular, cada uno de los libros presentados por Veitia tiene en sí mismo sus propias dinámicas explicativas y, por ende, narrativas. Se trata de una arquitectónica que muestra la independencia de cada uno de los libros, pero al mismo tiempo la necesaria relación entre ellos para revelar el sentido final de la historia que Veitia no pudo terminar.

Analizaremos así, primeramente, las diversas subtramas que componen el relato de Veitia, para posteriormente tratar de dilucidar en qué consiste la trama mayor de la *Historia antigua de México*.

Las dos Tulas: entre el vicio y la virtud

En el Libro Primero, Veitia nos presenta la historia de los pueblos del México antiguo, desde su llegada a América hasta la caída de los toltecas. El personaje central de este relato es, sin duda, el pueblo tolteca, grupo que será presentado a lo largo de la narración como un pueblo esencialmente virtuoso, tanto en lo político como en lo moral, y con un alto nivel de desarrollo cultural. Inicia su viaje desde su tierra originaria, Huehuetlapallan, para liberarse del dominio chichimeca y en busca de un mejor asiento, y a pesar de que sabe, por voz del sabio Hueman, que su destino no es promisorio, se esmera por ceñirse a los dictados de la moral y el buen gobierno.⁹ Una vez fundada la ciudad de Tula, establecen de común acuerdo las reglas que regirán el gobierno, y de entre ellas sobresale aquella que señala que ninguno de sus reyes gobernará más de 52 años, regla que en opinión de Veitia, se establecía para garantizar el buen gobierno y aplacar las ambiciones de los sucesores.¹⁰ Y así lo cumplirán los primeros cinco monarcas Toltecas, durante el reinado de los cuales el imperio iniciado en el 1 *calli*, 713 de nuestra era, llegó a su máximo esplendor y perfección:

[...] se hallaba entonces el Reino de Tollan en su mayor grandeza y opulencia, gozando de una tranquila paz, de un sabio y prudente

⁹ La historia tolteca abarca los capítulos XXI a XXXIV del Libro I. *Cfr.* Mariano Veitia, *Historia antigua de México*, Ms. Real Academia de la Historia, f. 191v.-248v.

¹⁰ Veitia, *op.cit.*, Libro I, cap. XXV, f. 207v.-208r.

gobierno en sus Monarcas, y de una unión tan perfecta entre los súbditos, que libres de emulaciones y envidias, miraban como propios los aumentos y felicidades de cada particular, y aspiraban todos a la mayor exaltación y gloria de su Reino.¹¹

Sin embargo, y a pesar de su comportamiento, las predicciones hechas por Hueman, ilustrado por “aquel Soberano Autor”,¹² se cumplirán. La trasgresión que marca el inicio del movimiento, que culmina con la caída de Tula, es cometida por el sexto monarca tolteca, Mitl, quien violenta la ley de los 52 años, no por ambición o soberbia, sino por amor a su pueblo:

De esta suerte reinó [Mitl] cincuenta y dos años, y satisfecho del amor de sus vasallos, no quiso sujetarse a la Ley del Reino, cediendo en su hijo la Corona. No le engañó su confianza, porque aceptando gustosos sus Pueblos su resolución de mantenerse en el Trono, no hicieron caso de la fracción [*sic*] de la Ley, por tal de continuar gozando del feliz gobierno de su amable Príncipe.¹³

Tras la muerte de Mitl, en un intento de prolongar todavía más el reinado de este sabio y prudente gobernante, los toltecas vuelven a violentar la ley al designar como monarca no al legítimo sucesor, Tecpancaltzin, sino a su madre, la reina Xiuhtlaltzin. A pesar de las grandes prendas que adornan a la reina y a su gobierno, la infracción de la ley sigue siendo el elemento que sobresale en el discurso de Veitia, pues a la muerte de la reina, nos dice que el pueblo tolteca lloró, con razón, la pérdida de tan digna *heroína*,

Pues a vista y al lado de un Monarca tan sabio, supo granjearse tanta reputación, que partió con él los lucimientos, y después de sus días, logró por sí sola la aclamación, a pesar de la antigua costumbre y Ley que se lo prohibía, ocupando dignamente el Trono con universal aplauso, y mucho más inconsolable hubiera sido el llanto de sus Pueblos, si hubieran llegado a saber que habiendo sido el Reinado de estos dos consortes el último punto de felicidad a que había de ascender su Monarquía, llegaba ya con la muerte de la Reina el tiempo en que había de comenzar a decaer, hasta verificarse la destrucción profetizada por su sabio Hueman.¹⁴

¹¹ *Ibidem*, cap. XXVII, f. 218v.

¹² *Ibidem*, cap. XXVI, f. 213v.

¹³ *Ibidem*, cap. XXVIII, f. 220v.

¹⁴ *Ibidem*, f. 222r.-222v.

De esta manera, Veitia marca el comienzo del movimiento antitético, el cual se inicia, de nuevo, con una infracción, pero ahora a los preceptos morales que habían regido el recto comportamiento de los toltecas: el sucesor de la reina, su hijo Tecpancaltzin, tras diez años de prudente y virtuoso gobierno, cede al deseo por la bella Xóchitl, y “cual hidrópico, más sediento con beber”,¹⁵ vence el honor de la intachable doncella y tiene con ella un hijo, Topiltzin, héroe trágico por excelencia y futuro y último monarca tolteca:

Luego que nació se reconocieron en él las señales que había pronosticado Hueman que se verían en el último Rey Toltecatl [...], anunciándoles que en su tiempo había de destruirse su Reino, lo que causó no poca pena al Rey su Padre. Mas con todo, sabiendo bien cuán poderosa es la buena educación para enmendar y corregir los defectos de la Naturaleza, creyó por este medio burlar las amenazas del hado, proponiendo desde luego poner el mayor esmero en la educación del Hijo. Así lo ejecutó, y logró sacar un Príncipe grande y adornado de excelentes cualidades, pero no pudo estorbar que su mal ejemplo le indujese al error y fuese causa de su ruina como veremos.¹⁶

De esta manera, la caída del pueblo tolteca, encarnado en Topiltzin, príncipe a quien le es adversa la fortuna “desde el instante de su concepción criminal”, se dará a pesar de la toma de conciencia de su error y de su intento por corregir el rumbo. Al tratar de convencer a su pueblo de la necesidad de retomar la buena senda, Topiltzin les dice que:

[...] jamás podría ser agradable ni al Tloque nahuaque, o Dios Criador; ni a los demás Dioses inferiores, la fracción [sic] de las justas Leyes que arregladas a la luz de la razón, y a la práctica antigua de sus mayores, no sólo habían conservado el buen orden y gobierno, sino que habían aumentado la gloria y felicidad de la Monarquía, cuya decadencia comenzó a sentirse luego que empezó a faltar la observancia de las Leyes.¹⁷

Tramado, pues, como tragedia al tener como tema arquetípico la catástrofe, el relato de este Libro Primero nos habla de la imposibilidad del héroe de contravenir un destino establecido por una fuerza superior a él, que en este caso atañe en un nivel profundo a la Divina

¹⁵ *Ibidem*, cap. XXIX, f. 224v.

¹⁶ *Ibidem*, f. 226r.

¹⁷ *Ibidem*, cap. XXXII, f. 236r.

Providencia, pero en un nivel inmediato, al destino anticipado por la suerte de oráculo que es la figura de Hueman. Y la catástrofe es inminente e impostergable: Topiltzin y su pueblo caen estrepitosamente bajo el fuego de enemigos implacables que los borrarán de la faz de la tierra, pero no de la memoria de los pueblos que llegarán a apoderarse de lo que alguna vez fue el gran imperio tolteca.

El retorno del Rey: los chichimecas del centro de México

El libro segundo, que es ya completamente narrativo, se inicia con la migración de los chichimecas hacia el centro de México y termina con el triunfo de los pueblos aliados, con Tezcoco y Tenochtitlan a la cabeza, en contra de Azcapotzalco. El conflicto que define este libro es, sin duda, la usurpación del poder, el establecimiento de la tiranía por parte de Tezozómoc y su hijo Maxtla, y la lucha de Ixtlilxóchitl y el infante Nezahualcóyotl por restaurar el legítimo gobierno. Se trata, pues, de una narración en la que la lucha entre el bien y el mal, bajo la forma de legitimidad-usurpación, vicio-virtud, se presenta como el eje rector.

En este libro, Veitia recurre a ciertas estrategias narrativas que permiten efectivamente, poner en el centro de la atención esa lucha de opuestos, que se refuerza con la riqueza en las descripciones de las virtudes y vicios de los actores y con la constante y creciente adjetivación que rodea a cada uno de los gobernantes.

Para destacar la arbitrariedad y falta de sustento de la usurpación de Tezozomoc, Veitia inicia su relato estableciendo la legitimidad innegable del predominio chichimeca. En su camino hacia el centro de México, el emperador Xólotl toma posesión de la tierra abandonada por los toltecas y

[...] para proceder con la justificación debida [...] le parecía conveniente tomar posesión de la tierra solemnemente, con todas aquellas ceremonias que habían acostumbrado sus mayores, puesto que él había entrado en ella con justo título y legítimo derecho, sin quebrantar las capitulaciones que hizo su bisabuelo Icauhtzin con los Reyes Toltecas.¹⁸

Para acentuar el tono de lucha entre el bien y el mal, estos chichimecas, que si bien "no se habían adelantado en la policía y

¹⁸ Veitia, *op.cit.*, Libro II, cap. II, f. 255r.-255v.

ejercicio de las artes como los Toltecas” y en ciertos aspectos rayaban en la “barbaridad”,¹⁹ eran esencialmente virtuosos, y en el aspecto más espinoso, el religioso, nos dice Veitia que:

Su religión se reducía a la adoración del *Tloquenahuaque*, pero ni tenían templos ni culto exterior, sino un simple conocimiento de que había un Ente Supremo, Criador y conservador de todas las cosas. Al sol llamaban Padre y a la luna Madre, y cuando salían a caza para buscar su sustento, la primera pieza que mataban la degollaban, ofreciéndosela al sol, y derramando en la tierra la sangre, dejaban tendida sobre ella la víctima. No tenían más que una mujer, y era castigado severamente el adulterio.²⁰

Por su parte, Tezozómoc, “príncipe ambicioso y astuto”,²¹ es presentado desde el primer momento como un personaje con pocos atributos morales, cegado por el ansia de poder, y si bien desde un principio nos quedan claras las características de este personaje que engaña, manipula y traiciona, conforme avanzamos en la narración los adjetivos que lo califican van subiendo de tono. Tezozómoc, astuto viejo, traicionero, usurpador, tirano, asesino, que se opone a un Ixtlilxóchitl bondadoso, clemente, liberal, justo y piadoso, atributos estos que serán el origen de su propia ruina.

El conflicto se va acentuando gradualmente hasta llegar al acontecimiento que concluirá con el combate mortal entre los protagonistas y que se origina por la muerte del legítimo monarca Ixtlilxóchitl, quien en una apoteosis romántica muere enfrentándose heroicamente a sus enemigos. Tras poner a salvo a su hijo y sus seguidores, Ixtlilxóchitl

[...] se adelantó a encontrar los enemigos, y dando con ellos a poco trecho les dijo: “traidores, si soy yo a quien buscáis, aquí me tenéis, que no huyo de la muerte, ni la tengo por ignominiosa en defensa de la corona que heredé de mis mayores, antes por el contrario habiendo tenido siempre entendido que mi primera y principal obligación era defenderla y proteger a mis fieles vasallos, y habiendo hecho cuanto he podido para cumplirla, la muerte me será gloriosa, sacrificando como buen Rey mi vida en su defensa, pero tened entendido que primero que logréis quitármela he de matar muchos traidores”. Y dando sobre ellos con indecible furia, hizo tal estrago, que asientan algunos

¹⁹ *Ibidem*, cap. I, f. 250r.

²⁰ *Ibidem*, f. 250v-251r.

²¹ *Ibidem*, cap. XXII, f. 355v.

escritores que mató más de cincuenta, hasta que lleno de heridas cayó muerto en el suelo.²²

Una vez muerto Ixtlilxóchitl, y posteriormente Tezozómoc, el peso del protagonismo recae sobre las figuras juveniles de los hijos, Nezahualcóyotl y Maxtla respectivamente. Finalmente el héroe triunfará frente al antagonista y su triunfo implicará su reconocimiento y el restablecimiento de la legitimidad.

El combate decisivo, en donde el antagonista es expuesto y juzgado por sus crímenes, se da entre Maxtla y Nezahualcóyotl, sublimación ambos de las figuras de sus padres, Maxtla en sentido negativo, Nezahualcóyotl en positivo, con el consecuente triunfo del segundo. Cuando los ejércitos de Nezahualcóyotl entran a saco al palacio de Maxtla, éste se esconde en el baño:

Fácilmente le hallaron sus enemigos, y sacándole de él con ignominia, le llevaron casi arrastrando a presencia del Príncipe Nezahualcoyotl, el cual mandó que le llevasen luego a la plaza a donde le siguió, y habiéndole hecho poner de rodillas en medio de ella, comenzó a hacerle los cargos de las crueldades y tiranías ejecutadas con su Padre y con él, de sus traiciones y cautelas, de los gravísimos males que había ocasionado su ambición, y finalmente de la mucha sangre que por su causa se había derramado. Mandóle que diese sus descargos, y el infeliz Monarca respondió: "No tengo descargo que dar, conozco que merezco morir, y así ejecuta en mí el castigo." Levantó entonces el príncipe la macana, y de un solo golpe le quitó la vida.²³

Una vez que ha caído la ciudad de Azcapotzalco, y tras los festejos de los triunfadores a los cuales Nezahualcóyotl no quiere asistir por repudio a los sacrificios, se da el reconocimiento del héroe con la voluntad general de que se le jure como gran chichimeca tecuhtli, cargo que, en un desplante de amor, bondad y diplomacia, se niega a aceptar:

Este, ya porque llegó ya a penetrar la repugnancia del tío [Itzcohuatl], a quien amaba con veneración, o ya por mero impulso de su gallardo espíritu, se negó enteramente a ello, diciendo que hasta tanto que él por sus puños no acabase de reducir a su obediencia su Reino hereditario, que durante la guerra había vuelto a inquietarse por la traición del señor de Huexotla, y concluyese perfectamente la conquista del

²² *Ibidem*, cap. XXXVI, f. 415r.-415v.

²³ *Ibidem*, cap. LV [en realidad LIV], f. 528r.-528v.

Tecpaneca, no quería que le jurasen. Con esto dejó a todos contentos, exhortándoles y animándolos a continuar la guerra, y asegurándose de esta suerte del socorro de los Mexicanos.²⁴

Como podemos ver, la trama imperante en este segundo libro es el romance, pues nos narra el ascenso del héroe. Estructuralmente, pasa por tres momentos que se definen por la lucha del héroe en contra de la usurpación y la tiranía, elemento que constituye el *agon* que da sustento a la trama; el *pathos* que es el “combate decisivo” del héroe contra el antagonista y finalmente, el triunfo y reconocimiento parcial del héroe. Incluso los personajes centrales, representados por los binomios Tezozomoc/Ixtlilxóchitl y Nezahualcóyotl/Maxtla, son tan característicos de este tipo de trama que rayan en el cliché, acentuando el juego de oposiciones binarias primavera/invierno, alba/oscuridad, juventud/vejez, etcétera.²⁵

La Comunidad del Evangelio: la Conquista del México antiguo

El libro tercero, del cual sólo tenemos siete capítulos incompletos, se inicia con la presentación del sabio rey Nezahualcóyotl y la constitución de la triple alianza. Hasta aquí lo que Veitia dejó escrito de su *Historia antigua de México*.

Sin embargo, sabemos que hay en su obra un predominio de la trama como estrategia explicativa; que mientras nos enfrentamos a la lectura de Veitia y a las subtramas que van construyendo su discurso, se está —paralelamente— construyendo una trama mayor que tiene que ver con la forma en que concibe y explica, no fragmentos del proceso sino el proceso en su conjunto. Tenemos algunos de esos elementos estructurales que constituyen el principio de la trama central y conocemos otros trabajos del historiador poblano, elementos todos que nos permiten aventurar una hipótesis en torno a la naturaleza de esa trama implicada en su explicación del proceso histórico.

En la *Historia antigua de México*, Mariano Veitia justifica en su discurso preliminar la pertinencia del trabajo que ha emprendido.²⁶ Allende la crítica metodológica que realiza a los autores anteriores

²⁴ *Ibidem*, f. 531v.

²⁵ Frye, *op. cit.*, p. 245 y s.

²⁶ Veitia, “Discurso Preliminar”, en *Historia antigua...*, f. 2r.-23r. El discurso preliminar no ha sido publicado con la obra, la edición más accesible se encuentra en el trabajo de Margarita Moreno, *op. cit.*, p. 299-320.

a él, señala que todos ellos se han avocado a hacer historias fragmentadas, que no han tenido el interés —salvo parcialmente Torquemada—, de realizar una historia integral de los pueblos del México antiguo.

De esta manera, en el nivel macro-cósmico, la sintaxis del proceso histórico parece sustentarse en la necesidad de tener una visión de conjunto de pueblos que parecen, bajo la mirada de Veitia, tener un vínculo orgánico, preocupación que parecería remitirnos, en el fondo, a la crítica de lo que podríamos considerar una aprehensión metafórica del proceso histórico de los autores anteriores a él.

Así, en el campo histórico de la *Historia antigua de México*, los pueblos y los hombres parecen ser los elementos fundamentales en torno a los cuales se desarrolla el devenir histórico, devenir que está estrechamente vinculado con las elecciones de carácter moral y que no puede separarse de la idea de civilización. Y sobre estas fuerzas, se encuentra el fin mayor, el designio providencial, que funge como principio organizador y telón de fondo de una historia de pueblos y de hombres que se encuentran frente a la disyuntiva a la que los enfrenta el libre albedrío.

El panorama presentado pareciera ser entonces el de un conglomerado de pueblos que funciona orgánicamente, y en donde una alteración en el sistema implica un reacomodo de las fuerzas a su interior. Y si bien, el ascenso en la escala civilizatoria es el camino natural que siguen estos pueblos en su camino hacia la salvación, en sus dinámicas internas, su ascenso y caída tiene más que ver con elecciones de carácter moral vinculadas a los gobernantes y grupos de poder. La historia de los hombres es así explicada en términos formistas, como la historia de la lucha interna por sobreponerse a los vicios inherentes a todo ser humano y resaltar las virtudes esenciales.

Vemos así un pasado idílico, en donde los pueblos han alcanzado altos niveles de civilización y los hombres —con algunas excepciones—, logran dominar los vicios y se rinden ante las virtudes; pero ese pasado no es ideal, pues ha perdido el conocimiento de la verdadera fe.

En términos del relato, Veitia nos presenta una historia en la que el movimiento perceptible es el de una sociedad virtuosa y con alto grado de civilización, hacia la ruptura de ese estado por el ascenso, por ignorancia y superstición, de prácticas religiosas que pervierten tanto el conocimiento natural como los principios difundidos por santo Tomás. Ese estado idílico es perfectamente representado por las costumbres toltecas y chichimecas, pueblos que, a

pesar de que llegaron con el tiempo a tributar a algunos “dioses menores”, nunca perdieron la creencia en el Dios Creador, Tloque Nahuaque, ni cayeron en la tentación de los sacrificios humanos.²⁷

El segundo momento identificable se da con la ruptura de ese orden establecido, que puede asimilarse a la presencia de la idolatría, pero sobre todo de los sacrificios humanos. Esta ruptura, aunque paulatina pues empieza a anunciarse desde los años de existencia de la idílica Tula, se asienta de manera definitiva con la llegada de los mexicas a la cuenca de México, y será éste el grupo que se asocie precisamente con la perversión absoluta de la religión original. Para la época del emperador tezcocano Techotlalatzin, dice Veitia que

Habíase extendido ya mucho esta idolatría, primero en las poblaciones de los Culhuas, de donde había pasado a la de los Chichimecas, de suerte que adoraban ya todos a los Dioses de los Mexicanos, ofreciéndoles no solo oblaciones de flores, frutos e inciensos, sino también sacrificios de aves y animales, y algunos de sangre humana.²⁸

Los principios estructurales aquí descritos, que marcan la transición de una sociedad idílica a un estado alterado por intervención humana, permiten suponer que la obra en su conjunto apuntaba hacia una trama cómica, de la cual sólo nos faltaría el motivo final o desenlace que, desde esta perspectiva, implicaría la instauración de un nuevo orden social, estable y armonioso, éste sí ideal. Esa restauración del orden y mejoría del estado original sólo podía ofrecerla la llegada del Evangelio a la Nueva España, y así nos lo indica otra obra de Veitia que nos ofrece, de manera lateral, la valoración que hace de la Conquista de México. De su lectura resulta, claro que para Veitia la llegada de los españoles al Nuevo Mundo no implicó un castigo divino, sino, precisamente, la instauración de un nuevo orden por designio de la Divina Providencia, quien

[...] por sus altos investigables juicios, tuvo por tantos siglos oculto à la noticia de los habitantes del mundo antiguo el dilatado País de la América, quiso finalmente manifestarlo à los fines del siglo decimo quinto, haciendo donación de esta preciosa joya à nuestros Católicos

²⁷ En este punto la visión de Veitia es claramente conflictiva. Insiste, a lo largo de la historia tolteca, que los sacrificios que realizaban eran sólo de animales, aunque en algún punto señala, siguiendo a Ixtlilxóchitl, que en tiempos de los toltecas sacrificaban a Tlaloc “cada año cinco o seis doncellitas de poca edad, abriéndolas vivas, y sacándoles los corazones”. (Veitia, *Historia antigua...*, cap. XXVII, f. 216v.-217r.); posteriormente vuelve a insistir que en esa época los sacrificios no eran de sangre humana (*Ibidem*, cap. XXXI, f. 233v.).

²⁸ Veitia, *Historia antigua...*, Libro II, cap. XXII, f. 358r.

Monarcas, disponiendo por medios tan sabios, como admirables, que fuese la Nación Española, la que lograrse la prodigiosa empresa de su Conquista, y que un tan corto numero de gentes se apoderase en breve tiempo de tan dilatados Dominios, sujetando y dominando à tantas Naciones y Pueblos, no barbaros y incultos como algunos creyeron, sino sabios e instruidos en ciencias, y artes, gobernados con policia, por Leyes justas y rectamente ordenadas, belicosos, y guerreros, sobradamente proveídos de armas, y diestros en su manejo, y sobre todo tan copiosa su multitud, que pudiera hacerse respetable de numerosos ejércitos, cuanto más de unos pequeños escuadrones, cuales fueron los que emprendieron empeño tan gigante.²⁹

Como parte de ese nuevo orden, las fuerzas opositoras se reconcilian a través de la luz del Evangelio y los pueblos indígenas se insertan, no sin lucha, en ese nuevo orden que se plantea como ideal:

Los Tlaxcaltecas fueron los primeros, que midieron las armas con los Españoles, y estos conocieron bien su gran valor, y destreza, que con sencilla ingenuidad confesó el mismo Cortés, calificando al mismo tiempo la singular prudencia, talento, y conducta de su anciano Senador Maxiscatzin, y otros de los miembros de su Republica, a cuya autoridad y persuasión se redujeron todos à dejar las armas, y a recibir de paz a los Españoles, a concluir con ellos una alianza, que a ellos fue tan ventajosa, y aquellos supieron mantener con la mayor constancia, y finalmente a abrir la puerta a la predicación Evangélica, franqueándose sus mas respetables Señores à las conferencias, y platicas en materia de Religión, manifestando de este modo, que no eran bárbaros, ni rústicos, sino prudentes, y discursivos, que para abandonar la Religión de sus mayores, y abrazar la que nuevamente se les proponía, como mejor y más segura, quisieron que esto fuese obra del entendimiento, convenido de la verdad, y no ligereza del albedrío, lisonjeado dela novedad.³⁰

En este nivel, se trata pues de la historia no de hombres-gobernantes que simbolizan ellos mismos la lucha entre el vicio y la virtud; se trata de la historia de pueblos vinculados orgánicamente entre sí y que se preparan para la inevitable inserción en la historia de la salvación.

Así, Veitia nos entrega una obra cuya trama dominante es la comedia aunque, debido al énfasis dado al conflicto del personaje

²⁹ Mariano Veitia, *Historia de la fundacion de la Ciudad de la Puebla de los Angeles en la Nueva España, su descripcion y presente estado*, Ms., Libro I, f. 1r. y 1v., Real Academia de la Historia, Colección Muñoz, versión digital.

³⁰ *Ibidem*, f. 1v. y 2r.

para superar esas pruebas, entre ellas la idolatría y los sacrificios humanos, y la tendencia a constituirse como un drama de auto-identificación, el tono es esencialmente romántico.

Si bien resulta claro que el interés histórico de Veitia se centra en el pasado de los pueblos indígenas, esta forma de estructurar su relato con fines explicativos nos remite de manera directa a la forma en que el historiador poblano concibe su propio presente y en que dota de historicidad a la Nueva España misma. La revaloración que emprende de los pueblos del México antiguo y su esfuerzo por integrarlos en la historia universal es, en realidad, una revaloración de la Nueva España y de los hombres herederos de ese mundo reconciliado, los criollos del siglo XVIII. El pasado parecería tener un carácter formativo, tanto el prehispánico como el colonial, encontrando el autor el “paradigma de la forma ideal de la sociedad” o condición utópica, en su presente;³¹ para Mariano Veitia, la mejor forma de sociedad posible es, sin duda, la Nueva España del siglo XVIII.

Y esta visión es consistente si tomamos en cuenta el conjunto de sus trabajos históricos, los cuales nos presentan la gran comedia de la Nueva España, en la que la obra *Historia antigua de México* sería el motivo inicial, la apologética *Historia de la fundación de Puebla* funcionaría como motivo de transición, y culminaría, de manera sublime, con la reconciliación simbólica a través del reconocimiento de la protección mariana a la Nueva España, manifestada en su tercera obra, *Baluartes de México*.

³¹ White, *op. cit.*, p. 34.